



EL PADRENUESTRO (IV)

Venga a nosotros tu Reino...

El Reino de Dios. Si cogemos con atención los evangelios, veremos que la predicación de Jesús se centra precisamente en el Reino de Dios; su vida está centrada en su Padre del cielo, y su predicación es el Reino de Dios; para ser más exactos en la traducción, Jesús habla del *“reinado de Dios”*. Cristo quiere que Dios reine en nuestro mundo; que reine en los corazones de los hombres y mujeres y que su voluntad se cumpla no sólo en los cielos sino también aquí en la tierra.

Como dice la frase latina *“Ubi Caritas Deus ibi est”* (donde hay amor allí está Dios), y como nos dice San Juan en su primera carta, Dios es amor, y por tanto no nos sorprende esta identificación del amor con Dios. Dios es amor, bien y verdad.

Para que el Reino de Dios sea una realidad en nuestro mundo hay que ser sabios según la Biblia; según el mundo, ser sabio es tener muchos títulos y saber muchas cosas de memoria y como los políticos hablar muy bien, aunque después no se cumpla lo prometido. El sabio bíblico es aquel que escucha a Dios en su corazón, aquél que cumple su voluntad, aquél que es lo suficientemente sabio para saberse sencillo y poca cosa delante de Dios, aquél que pone su confianza en Dios, y no en el dinero, el placer o en las influencias humanas.

El sabio de la Biblia se refleja en Salomón, que delante del ofrecimiento de Dios, no pide ni riquezas, ni victorias frente a los enemigos, ni una vida larga sino precisamente *“un corazón sabio para poder juzgar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal”* (primer libro de los Reyes capítulo 3, versículo 9).

Pedirle al Señor que venga su reino y que se haga su voluntad en la tierra no nos debería despistar: el Reino de Dios ya está en medio de nosotros como Jesús nos proclamó y además ya se cumple la voluntad de Dios en nuestro mundo, aunque no plenamente. Las realidades salvíficas de Dios son presentes en nuestro mundo aunque no en plenitud.

Y es que la muerte y resurrección de Cristo ya ha traído la salvación y la vida nueva a nuestro mundo. Desde nuestro bautismo y con la fuerza del Espíritu Santo podemos hacer la voluntad de Dios en nuestro mundo y ya Dios reina en nuestro corazón, pero queremos que cada vez sea más y más. Y que llegue un día en el que podamos decir como San Pablo: *“Es Cristo quien vive en mí”* (Gálatas capítulo 2, versículo 20).

Precisamente la llamada vida espiritual, es decir *“Vida en el Espíritu Santo”* consiste en esto: que por acción del Espíritu que hace presente a Jesús resucitado en medio de nuestro mundo, Cristo se haga más grande en nuestro corazón, para que seamos constructores del Reino de Dios, del cual sabemos que *“la mies es mucha y los obreros pocos”* La vida espiritual es vivir nuestro Bautismo. Bendito día el de nuestro Bautismo; en aquel día se nos dio el Espíritu Santo y fuimos hechos hijos de Dios en el Hijo único Jesucristo. Nuestra vida cristiana en que la imagen de Cristo sea cada vez más grande en nosotros y que este mundo se vaya aproximando al cielo nuevo y la tierra nueva del Libro del Apocalipsis donde *“ya no existe ni el mal, ni la muerte, ni el duelo ni el dolor”*



Sólo podremos conseguirlo desde Dios; es Dios quien transforma nuestro corazón siempre que nosotros colaboremos. Por eso en muchos lugares de la Biblia y de la Liturgia hacemos peticiones para tener a Dios con nosotros y otros sitios donde Cristo nos dice que quiere venir a nuestras vidas: “Ven, ven Señor no tardes”, “Ven Señor Jesús”, “Vendremos a él y viviremos con él”, “Si me abres, entraré y cenaré contigo”, “Ven Espíritu Santo” etc.

¡Buena Semana Santa y FELIZ PASCUA!

Mn. Xavier Blanco

PARA REFLEXIONAR

1. A veces pensamos que la vida cristiana sobre todo es un esfuerzo nuestro. El evangelio y los grandes santos nos enseñan que sobre todo es acercarse a Dios y dejar que Él mismo nos hable. Revisemos nuestra manera de orar: ¿somos más de hablar o de escuchar? Nuestra oración debe tener mucho silencio para que Dios me hable al corazón y no me llene de mis propias palabras. Meditémoslo.

2. Nuestra vida está unida a la de Cristo y sin Él no podemos hacer nada. Leamos y meditamos el capítulo 15 del Evangelio de San Juan, versículos del 1 al 17.